

## Introducción

*Manual de edición literaria y no literaria* es una guía práctica para editar libros. El editor experimentado encontrará de utilidad sus numerosas fuentes, y al aprendiz de editor le servirá como manual de entrenamiento; los correctores de estilo y los correctores de pruebas pueden usarlo como un curso de perfeccionamiento; y para los aspirantes a editores —los egresados recientes de la universidad o quienes estén pensando en cambiar de profesión— tiene el valor de ser un libro para principiantes sobre la edición contemporánea y sus prácticas.

El de edición es un concepto amplio, e implica tanto un arte como un oficio. En los crucigramas, la palabra *editar* suele figurar como respuesta a una larga lista de pistas: revisar, alterar, redactar, perfeccionar, enmendar, corregir. El oficio puede ser aprendido con bastante facilidad mediante la atención diligente a las reglas de la gramática y a las convenciones de uso y estilo. Para el dominio del arte, en cambio, las reglas no bastan; se requiere una sensibilidad especial, un oído bien afinado y un instinto que sólo se logra con años de experiencia.

### NO ES FÁCIL ENCONTRAR UN BUEN EDITOR

Nuestra premisa básica es que todo libro —se trate de una espléndida obra literaria, de un libro sobre física o de una novela de ciencia ficción— merece la atención de un editor que conozca su trabajo. Por “editar” entendemos el arte y el oficio de dar forma a un manuscrito y mejorarlo para convertirlo en un libro publicable.

Pero la buena edición lleva tiempo. Lamentablemente, en el medio editorial actual, los editores tienen poco tiempo para aprender a editar, y menos aún para aprender a hacerlo bien. Para muchos editores de adquisiciones, leer manuscritos y editar los pocos que resultan elegidos es una tarea que debe ser dejada para la noche o los fines de semana. Generalmente los editores pasan su día en medio de llamadas telefónicas, reuniones, conferencias de escritores, negociaciones de contratos y correspondencia —en papel y electrónica—, así como de las interminables decisiones de producción que cada libro requiere. El gran editor

Henry Robbins, ya fallecido, se lamentó una vez: “Lo que necesito es otro par de ojos, otro par de manos, y un día de cuarenta y ocho horas.”

Un editor sobrecargado de trabajo no puede editar adecuadamente. Hace más de dos décadas, la revista *Time* deploraba “La decadencia de la edición” (1 de septiembre, 1980), mencionando un alarmante aumento de errores y dislates estilísticos. Los editores de libros y los gerentes editoriales entrevistados en general culparon de esa caída en desgracia a la excesiva cantidad de libros que se publican y al escaso tiempo del que disponen los editores para ocuparse de cada uno de ellos.

Los bajos salarios también han tenido su parte, disuadiendo de ingresar al ámbito editorial a candidatos altamente calificados. A los editores de todo tipo de libros normalmente se les paga menos que a sus colegas de marketing, ventas y derechos subsidiarios. Ello coincide con la vieja pero persistente imagen que se tiene de la edición como una “profesión de caballeros”. Históricamente, se consideraba que la edición era un negocio que estaba por encima de los negocios. Los editores, en particular, tenían un aura de elegancia, como si vivieran en una torre de marfil, más allá de cuestiones terrenales como el dinero.

Hoy, nadie negaría que la edición es un negocio. El cambio comenzó luego de la segunda guerra mundial, con la publicación de las primeras ediciones masivas en rústica, y se aceleró en la década de los sesenta, cuando la demanda de ediciones menos costosas condujo a la revolución de la edición en rústica. Más recientemente, la edición atravesó otra “revolución”, en la medida en que las editoriales más pequeñas fueron devoradas por las más grandes. A su vez, algunas editoriales grandes fueron adquiridas por gigantescas corporaciones. Uno de los resultados de esta tendencia ha sido un mayor énfasis en las utilidades. Otro, que las editoriales pequeñas, independientes, se han convertido en especies en peligro de extinción.

Pero el interés de las editoriales en las ganancias no se ha visto reflejado en las remuneraciones de los editores. “Creo que en el ámbito editorial existe la teoría de que la edición es, si no deficitaria, al menos no tan rentable como una estafa”, afirma James D. Landis, ex presidente y director editorial de William Morrow. “No harás tanto dinero editando como descubriendo a alguien que necesite que le editen su libro.”<sup>1</sup>

Para los editores, “estafar” —es decir, hacerse de libros que creen que se venderán— ha pasado a ser, por fuerza, la prioridad del nego-

<sup>1</sup> Gerald Gross, comp., *Editors on Editing*, 2a ed., Nueva York, Harper & Row, 1985, pp. 104-105.

cio. Es más probable que se ascienda a alguien por haber descubierto un talento que arrasa con las ventas, que por haber editado un trabajo con talento.

Un síntoma de la devaluación de la edición es el hecho de que hoy esa tarea se hace fuera de las editoriales. Tradicionalmente, las empresas contrataban tareas de producción tales como la composición y la impresión, pero hasta hace poco se ocupaban ellas mismas de la edición, por considerarla intrínseca a la calidad del libro. Hoy muchas empresas dedicadas a la composición, e incluso algunas imprentas, ofrecen servicios editoriales. Y los *packagers* —empresas que funcionan con gastos generales bajos y que crean libros y los venden a las editoriales— están preparados para ocuparse prácticamente de todas las fases de producción: desarrollan una idea de un libro o una colección, contratan a los autores e ilustradores, editan el manuscrito, supervisan la composición y entregan el producto final listo para entrar a imprenta o incluso ejemplares terminados.

Con todo, sería un error suponer que las editoriales, aun las declaradamente comerciales, están embarcadas en una conspiración para sabotear la literatura o erradicar la buena escritura. A cualquier editor le fascina descubrir un manuscrito que sea vendible y que a la vez esté bien escrito. “Lamentablemente”, dice el experimentado agente literario y escritor Richard Curtis, “un libro bien escrito puede ser tan difícil de vender como uno escrito pobremente; es sólo que a uno se le rompe el corazón un poco más cuando debe devolvérselo al autor”.<sup>2</sup>

Pero la decadencia de la edición no debe ser adjudicada exclusivamente a factores económicos. Los buenos correctores de estilo, que durante mucho tiempo fueron los pilares de cualquier departamento editorial, son una raza en extinción. Los jefes de esta área citados en un artículo de *The New York Times* (13 de marzo de 1990) atribuyeron tal circunstancia a la deficiente enseñanza de lengua e historia en las escuelas, así como a la tendencia de las editoriales a contratar correctores independientes (cuya capacidad varía enormemente según cada caso) con el fin de ahorrar dinero, en lugar de contar con correctores de estilo dentro de su personal. El resultado, afirmaron, es la presencia de más errores en los libros.

El deterioro general de la calidad de la escritura también ha tornado más dificultosa la tarea de editar. Todo autor tiene alguna historia

<sup>2</sup>Richard Curtis, *How to Be Your Own Literary Agent*, Boston, Houghton Mifflin, 1983, p. 2.

de terror acerca de errores inconcebibles cometidos por correctores de estilo, y todo corrector de estilo tiene su propia historia sobre la prosa espeluznante de algún autor.

La mala escritura incluso ha inducido a algunos agentes literarios a convertirse ellos mismos en editores, para trabajar en los manuscritos antes de remitirlos a las editoriales. También ha contribuido a la emergencia de una nueva profesión: a cambio del pago de un honorario, el “asesor literario” aconsejará a un escritor acerca de los méritos de un manuscrito *antes* de que éste sea presentado a un agente.

### LA PROFESIÓN “NO PROFESIONAL”

Según el *Merriam-Webster's Collegiate Dictionary*, una profesión es “una ocupación que requiere conocimientos específicos y a menudo una preparación académica prolongada e intensiva”. Los editores se piensan a sí mismos como miembros de una profesión, y así es también como los consideran los demás. Pero, ¿la edición se ajusta a la definición de lo que es una profesión?

Existen pocos títulos de posgrado en edición (véase el capítulo 8) y, a diferencia de lo que ocurre en profesiones tales como la abogacía, la medicina o la contabilidad, no existen exámenes que habiliten para su práctica.<sup>3</sup> De hecho, la edición es tan “no profesional” como lo era en los días en que era una ocupación “de caballeros”. Con esto queremos decir que, en la mayoría de las editoriales, sencillamente no se les enseña a los editores cómo editar; simplemente se supone que saben cómo hacerlo, o bien que aprenderán con el tiempo.

Además, el entrenamiento que se brinda a los editores no está estandarizado dentro de la industria. Incluso dentro de una misma editorial, la formación en edición puede variar significativamente, según el editor a quien se encomiende el entrenamiento del aprendiz.

Entonces, ¿cómo hacen los editores para adquirir los “conocimientos específicos” necesarios para su oficio? Por lo general, con muchas dificultades. El asistente editorial que finalmente obtenga su primer

<sup>3</sup>El Board of Editors in the Life Sciences, un órgano colegiado de editores científicos, ha desarrollado un proceso para la evaluación y calificación de la aptitud de los editores especializados en ciencias biológicas. (Para mayor información, el lector puede contactarse con el BELS, PO Box 824, Highlands, NC 28741-0824.) Sin embargo, no existe un proceso similar para la edición en general.

manuscrito para editar probablemente sentirá que la experiencia es intimidante. De ordinario, todos los que lo rodean estarán demasiado ocupados como para tomarlo de la mano y conducirlo a través del intrincado camino de la edición. Tal vez reciba un ejemplar de las normas de estilo de la editorial y algunas instrucciones generales sobre ese libro en particular, y se lo deje librado a su suerte. En cuanto al resto, deberá confiar en su propio instinto y en su formación.

#### UN ACERCAMIENTO A LOS PRINCIPIOS GENERALES

Es verdad que la mayoría de los nuevos empleados, cualquiera que sea su campo, deben aprender de la mejor manera posible a realizar su trabajo. Es igualmente verdad que, dadas las demandas de la profesión editorial, sería de gran ayuda para los nuevos editores contar con principios básicos que los guíen.

Este libro ofrece ese conjunto de principios, diseñados para facilitar las tareas tanto de los editores principiantes como de los experimentados. Introducidos e ilustrados con ejemplos prácticos en el capítulo 3, constituyen el basamento de todo el libro: desde consejos básicos sobre corrección de estilo presentados, en particular, en el capítulo 4, hasta el examen de la sensibilidad del editor y de la relación autor-editor presentado en el capítulo 5.

Los principios les ahorrarán a los principiantes la ruta de ensayo y error, aportándoles las herramientas que necesitan para afrontar un manuscrito con confianza y para tomar los cientos de pequeñas decisiones que requiere la tarea.

Y los editores experimentados pueden utilizar los principios para entrenar a los miembros más jóvenes de su equipo e iniciarlos en la travesía que los conducirá a convertirse en profesionales de la edición. Creemos que este acercamiento puede reducir considerablemente el tiempo que les lleva a los editores aprender su trabajo, lo que se traduce en un ahorro de gastos para las editoriales.

#### LA EDICIÓN SEGÚN NUESTRA EXPERIENCIA

Las dos autoras hemos pasado la mejor parte de nuestras vidas laborales trabajando con palabras —las propias y las de otras personas—. Nuestra experiencia conjunta como editoras es variada y amplia.

Hemos editado en conjunto ficción literaria y comercial, no ficción, poesía, libros infantiles, libros universitarios y obras de referencia. Hemos trabajado como empleadas de editoriales y en forma independiente y hemos contratado y formado a personal empleado e independiente. Además, Leslie T. Sharpe ha coordinado talleres y dictado cursos de edición y escritura creativa; Irene Gunther ha trabajado como editora de adquisiciones en el departamento de referencia de una importante editorial y, anteriormente, como directora editorial, supervisando todas las etapas de la edición y producción de libros universitarios.

Ambas somos también escritoras, con una importante cantidad de textos publicados. Irene Gunther es autora de una biografía para jóvenes adultos que ha tenido muy buena aceptación y ha escrito, asimismo, artículos para importantes diarios y revistas. Los artículos y ensayos de Leslie T. Sharpe han sido publicados en numerosas revistas y diarios nacionales.

Como editoras, somos autodidactas. Comenzamos motivadas por nuestro amor por las palabras, y aprendimos a medida que fuimos andando: de nuestros propios errores, de la ayuda recibida de otras personas, de nuestro trabajo con ediciones de lujo y, tal vez especialmente, de un permanente contacto con los libros y los manuscritos. También aprendimos de la gran cantidad de manuales de estilo y textos sobre edición existentes. Lo que nos faltó fue una guía práctica, concisa, sobre los fundamentos de la edición de libros.

*Manual de edición literaria y no literaria* es esa guía. También constituye una útil fuente de información para los editores de todas las áreas, pues provee una detallada bibliografía y listas de cursos sobre edición.

Escribimos este libro como editoras, para editores; como escritoras, enfatizamos la consideración que merecen los escritores y la escritura. Esa “consideración” fue, en ocasiones, puesta a prueba a través de nuestra colaboración mutua —una colaboración plenamente equitativa, en la que cada una de nosotras aportó sus particulares habilidades de escritura y experiencia en edición—, en la medida en que cada una evaluó críticamente las ideas y la prosa de la otra. En el transcurso del trabajo, recordamos cuán frustrante puede ser editar, y también cuántas satisfacciones brinda.

Hay pocas cosas tan gratificantes como trabajar en un libro para hacer de él el mejor libro posible. Tal es el desafío del editor. El nuestro es ayudar a los editores a alcanzar ese objetivo.